



Las manos de la ternura
(Óleo sobre tela, 122x122 cm, 1963-1965)

Mi madre era una verdadera poesía, estaba siempre en gestación,
tocaba la guitarra y cantaba a maravilla.
Me enseñó los primeros acordes, las primeras voces (...)
Mi madre era como el pan recién salido del horno.
Me dio las dos vidas que tengo. Era y sigue siendo una tierna poesía”

Guayasamin

Padres y madres frente a los retos de la modernidad

Resumen

El propósito de este artículo es analizar cómo algunos hombres y mujeres, han roto con los modelos tradicionales de ser padre y madre, dando otros significados al hecho de tener un hijo/a, e incorporando en las relaciones parentofiliales elementos de la modernidad. Mientras los padres incluyen a sus hijos/as en sus proyectos vitales, contrastando la noción de proveedores como fundamento de la paternidad, las madres confrontan la ecuación mediante la cual se iguala mujer y madre, compartiendo la maternidad con otros proyectos vitales. En la primera parte del artículo se enuncian algunos elementos característicos de las tradiciones y en la segunda y tercera parte se da cuenta de las características de los padres y madres que han roto con ellas. Se muestra como unos y otras viven su vida en forma alejada de los estereotipos, no tienen modelos para su desempeño, se enfrentan aún con conflictos y contradicciones a los nuevos retos, asumen nuevas búsquedas, inventos, ensayos y errores.

Palabras claves: paternidad y maternidad, modernidad, ruptura, tradición, democracia, vínculos afectivos, proveeduría, significado del hijo/a, género, proyecto de vida.

Mothers and fathers in front of the modernity challenges

Abstract

This article's purpose is to analyze how some men and women have broken with the traditional roles of being mother and father, giving other meanings to the fact of having a son or a daughter and incorporating some modern elements in the parent-child relationship. While fathers include their sons and daughters in their life projects, contrasting the notion of provider as a basis of paternity, mothers confront equation where woman and mother are the equal, sharing maternity with other life projects. In the first part of the article some characteristic elements of traditions are introduced and in the second and third parts characteristics of mothers and fathers who have broken with these traditions are discussed. It shows how some mothers and fathers live their lives in a distant way from the stereotype. They don't have role models; today, they face conflicts and contradictions with these new challenges. They search for new ways to encounter, try out and make mistakes.

Key words: maternity and paternity, modernity, tradition, democracy, emotional ties, gender.

Blanca Inés Jiménez Zuluaga Trabajadora Social de la universidad Pontificia Bolivariana. Con estudios de Maestría en Ciencias Sociales: vida y cultura urbana, en la Universidad de Antioquia.

Correo Electrónico: bjjimenez@epm.net.co

Padres y madres frente a los retos de la modernidad

Blanca Inés Jiménez Zuluaga

En este artículo me propongo describir y analizar la manera como algunos hombres y mujeres de la ciudad de Medellín, en su desempeño como padres y madres, han establecido rupturas con la tradición; rupturas influenciadas por la incorporación de elementos de la modernidad en su vida familiar, tales como: unas relaciones más equitativas entre los géneros,¹ unas relaciones parentofiliales más democráticas,² y un cambio en la expresión de los afectos.³ Pero lo más importante del cambio es el significado que reviste ser padre y madre, y el lugar de los hijos en la vida de sus progenitores.

Para la elaboración del presente artículo retomo algunas de las ideas desarrolladas en la investigación sobre padres y madres en Medellín,⁴ la cual hizo parte del estudio sobre mismo tema, llevado a cabo en cinco ciudades colombianas. Cabe anotar que lo aquí planteado acerca de la tendencia a la ruptura en Medellín coincidió con los hallazgos en las

¹ Según Lipovetsky en el último medio siglo se han producido más cambios en la condición femenina y en las relaciones con los hombres que en todos los milenios anteriores. Al respecto ver: Gilles Lipovetsky. *La tercera mujer*. Barcelona, Anagrama, 1999.

² Según Norbert Elias, “nos encontramos en un período de transición en el cual unas relaciones de padres e hijos más viejas, estrictamente autoritarias, y otras más recientes, más igualitarias, se encuentran simultáneamente, y ambas formas suelen mezclarse incluso en las familias”. Norbert Elias. *La civilización de los padres y otros ensayos*. Norma. Bogotá, Universidad Nacional, 1998, pp.416-444.

³ Pilippe Aries afirma que en los siglos XVIII y XIX no solo se dio la revolución industrial, sino una gran revolución de la afectividad. Véase: Pilippe Aries. *Ensayos de la memoria. 1943 – 1983*. Norma, Bogotá, 1995 p. 315.

⁴ Blanca Inés Jiménez Zuluaga y María Dominique de Suremain. *Paternidad y Maternidad en la ciudad de Medellín: De la certeza del deber a los avatares y la incertidumbre del deseo*. Medellín, Universidad de Antioquia. Centro de Investigaciones Sociales y Humanas - CISH, Departamento de Trabajo Social, Colciencias, diciembre 2000. Para la realización de esta investigación se entrevistaron 40 madres y 40 padres de diferentes estratos socio – económicos y tipos de familias; de éstos aproximadamente la cuarta parte se ubicaron en una posición de ruptura. Por razones de espacio en este artículo no transcribiré los testimonios que respaldan las afirmaciones que aquí se hacen.

otras ciudades: “Si bien, apenas son una minoría, en las ciudades estudiadas se constituyen en una cierta vanguardia emergente, con respecto a las formas en transición y tradicionales”

5

Pero los cambios en padres y madres no se han dado de una manera lineal, sino que se han caracterizado por sus avances y retrocesos, con contradicciones, tensiones y conflictos. A este respecto el estudio realizado en las cinco ciudades, se construyeron tres tendencias frente al cambio: primero, los padres y madres que conservan las tradiciones; segundo los que están en transición, en la medida en que se enfrentan contradictoriamente a los cambios; pues trasforman unos aspectos pero conservan otros; y por último, los que asumen una actitud de cuestionamiento e innovación frente a los modelos establecidos, denominados “en ruptura”. En los apartados siguientes me ocuparé de las características de esta última tendencia en la ciudad de Medellín.

1. La tradición en la sociedad antioqueña⁶

La familia en Antioquia ha ocupado un papel primordial en la construcción de una identidad cultural, mediante la transmisión de los valores a las nuevas generaciones, el establecimiento de redes sociales y el estímulo al trabajo y al desarrollo económico.

La antropóloga Virginia Gutiérrez de Pineda, en la investigación realizada en los años sesenta, sobre familia y cultura en Colombia, señalaba: “lo que en última instancia honra al hogar antioqueño, no es la escueta presencia física de muchos hijos, como orgullo de versión cuantitativa: es lo que ellos representan en esfuerzo para criarlos, para educarlos, para subvenir a sus necesidades primarias y para ubicarlos en el status socioeconómico donde sus padres los han situado”.⁷ El mayor estímulo y orgullo de los padres y madres era brindarles a sus hijos las mejores condiciones socioeconómicas y formarlos como emprendedores en su trabajo y responsables con su hogar si eran varones, o como excelentes madres y amas de casa si eran mujeres,

En esta cultura han sido claramente delimitados los roles y las maneras de ser padre o madre. En el municipio de Sonsón, cuna de la cultura antioqueña, al padre de familia se le demandaba, como jefe del hogar, que fuera responsable, moderado y sin vicios, justo en sus

⁵ Un grupo de investigadores de cinco universidades del país realizamos un estudio comparativo entre las ciudades de Medellín, Bogotá, Cali, Cartagena y Bucaramanga, que dio cuenta de los cambios y las permanencias en la paternidad y la maternidad en las últimas décadas del siglo XX. Los resultados de esta investigación están publicados en: Yolanda Puyana (compiladora). *Padres y madres en cinco ciudades colombianas. Cambios y permanencias*. Bogotá, Universidad Autónoma de Bucaramanga, Universidad del Valle, Universidad de Cartagena, Univesidad de Antioquia y Universidad Nacional de Colombia, 2003.

⁶ Cuando hablamos de las tradiciones en la ciudad de Medellín, debemos remontarnos al legado de la tradición antioqueña, no solo por ser la capital del departamento de Antioquia, sino también porque buena parte de sus habitantes provienen de las zonas rurales representativas de su tradición.

⁷ Virginia Gutiérrez de Pineda. *Familia y cultura en Colombia*. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, cuarta edición.1994, p.477.

decisiones y en las sanciones a los hijos, afectuoso, pero medido en sus expresiones; a la madre, ese ser enaltecido, se le exigía que fuera laboriosa, limpia y ordenada, cumplidora del deber y hogareña. Con sus hijos la buena madre debía ser, ante todo, educadora, ejemplar, buena consejera, tierna; no maltratarlos y entregarse a ellos desinteresadamente.⁸ Estos ideales de padre y madre han estado arraigados en lo que Virginia Gutiérrez de Pineda llamó “el complejo cultural de la montaña” y hacen parte de lo que hoy es considerado el legado de las generaciones anteriores.⁹

En el Medellín de los años cincuenta de acuerdo con el modelo tradicional, la paternidad y la maternidad se entendían como roles complementarios y jerarquizados, de los cuales se desprendía el cumplimiento de unas funciones, tareas y compromisos diferentes para el padre y la madre. No era frecuente la pregunta directa por el hijo y por lo que éste demanda en la familia.¹⁰

En esta sociedad, las dos tareas básicas del padre eran responder económicamente por sus hijos y encausarlos en su inserción en la sociedad, dando buen ejemplo o corrigiendo sus conductas inadecuadas o no acordes con lo establecido socialmente. El peso que tuvo su rol de proveedor económico, alejó al padre del mundo doméstico y, por consiguiente, de las tareas de crianza. Por otro lado la madre concebida como el centro de la vida familiar y encargada del cuidado y la socialización de los hijos, estaba separada del mundo público y le era negada toda posibilidad de realización en otras esferas.¹¹

Siguiendo el modelo tradicional, los hombres no se preparaban para llevar a cabo labores relacionadas con la crianza de los hijos ni con los oficios domésticos, por lo cual, para desempeñarse con solvencia en el espacio público, debían unirse con una mujer que se encargara del funcionamiento del hogar. La mujer, en cambio, se formaba para realizarse a través de la maternidad y, en consecuencia, los logros; de sus hijos eran sus propios logros, no tenía autonomía económica ni proyectos vitales propios.

En correspondencia con ese modelo, la mayoría de las madres dedicaban quince o más años de su vida a la crianza de los hijos; sólo las viudas o las abandonadas podían interrumpir su fecundidad más tempranamente y vislumbrar la posibilidad de un empleo formal. Además la exclusión de la mujer casada del aparato productivo se practicó hasta

⁸ Blanca Inés Jiménez Z. *Imágenes culturales de hombre y de mujer. Sonsón 1900- 1987*. Universidad de Antioquia, sin publicar. 1993: 215 - 290.

⁹ Virginia Gutiérrez de Pineda. *Familia y Cultura en Colombia*. Coediciones Tercer Mundo y Departamento de Sociología, Universidad Nacional. Bogotá, 1968.

¹⁰ El significado del niño en esta sociedad cambia. A partir de los aportes de la pedagogía, la medicina y la psicología, se le da un lugar en la familia y se empieza a pensar en sus características y necesidades específicas.

¹¹ Esta división de roles se da, vivan o no en familia nuclear clásica. Tal es el caso de familias nucleares poligenéticas que son las conformadas después de una previa ruptura de pareja y en las cuales uno o ambos miembros traen hijos de relación(es) anterior(es). Jiménez Z. Blanca Inés: Los tuyos, los míos y los nuestros. Universidad de Antioquia, Medellín. 2001: 126 - 128

los años setenta y caracterizó a las grandes textileras de la ciudad de Medellín durante varias décadas. Según Luz Gabriela Arango, esta política no fue cuestionada en tanto se inscribía dentro del “orden natural de la sociedad”.¹²

Estos modelos tradicionales de padres y madres se empezaron a transformar en las últimas décadas del siglo XX, debido a los cambios económicos, sociales y culturales que ha tenido la ciudad, como resultado de procesos de urbanización y modernización, que han incidido en la vida cotidiana de hombres y mujeres.¹³

1.1 Padres y madres que rompen con la tradición: innovación e incertidumbre

En los relatos de hombres y mujeres que están rompiendo con la tradición se aprecia la impronta de los cambios ideológicos, sociales y políticos que propugnan por nuevas formas de familia, vida sexual e igualdad entre géneros. En su representación y desempeño se acercan, al concepto de semejantes o pares, en el sentido del establecimiento de una relación más horizontal entre los géneros y un desempeño compartido.¹⁴ En sus recorridos vitales hay referencias a militancias o simpatías con movimientos de izquierda, feministas,¹⁵ o contestatarios, como el hippismo o el nadaísmo.¹⁶ —ya fuera la militancia en esos grupos, o la influencia de aquellas ideas, este aspecto marcó sus vidas: en su juventud fueron contestatarios, y hoy están construyendo nuevos estilos de vida y de relaciones familiares.

Otro elemento característico es el estrato socioeconómico. La mayor parte de padres y madres en ruptura pertenecen a estratos medios y altos de la sociedad y esa condición les ha permitido tener un buen nivel de escolaridad, con estudios tecnológicos o universitarios. En los estratos bajos y sin estudios superiores, se encuentran muy pocos de los pertenecientes a

¹² Arango, Luz Gabriela, *Mujer, religión e industria, Fabricato 1923 – 1982*. Editorial Universidad de Antioquia – Universidad Externado de Colombia, Medellín. 1991: 49.

¹³ Entre los diversos cambios vale la pena destacar el repunte de la participación femenina en el sector laboral calificado y no calificado así como una creciente y acelerada escolarización de la mujer. “Si en 1964 las mujeres urbanas presentaban en promedio 3,5 años de educación, en 1974 este indicador ascendió a 7.0 y en 1975 la población ocupada femenina presentó una educación de 9,8 años. M. L Henao y A Parra. *Mujeres en el mercado laboral*. En Yolanda Puyana (compiladora) *op cit*, p. 36

¹⁴ Virginia Gutierrez de Pineda. *Op.cit*, p.149.

¹⁵ En 1981 se realiza en Bogotá el primer Encuentro Feminista Latinoamericano, que marca en el país el nacimiento del feminismo como movimiento social y no simplemente teoría o ideología pregonada por algunas intelectuales.

¹⁶ En relación con la parte sociocultural, en Medellín y Antioquia nacen algunos movimientos e instituciones que alcanzaron trascendencia nacional e internacional como es el caso del movimiento Dadaísta, contestatario en el arte y la sociedad y el Festival de Ancón en 1971, como expresión del hippismo, que buscó emular en versión criolla el famoso encuentro de Woodstock en Nueva Cork y que tuvo una participación de jóvenes no solo de Antioquia sino del país y de América Latina.

esta tendencia. En el caso de las mujeres, algunas son empleadas domésticas en familias que han hecho rupturas, y otras han participado en grupos comunitarios con orientación de género. Si bien la capacidad de cambio en las tradiciones no es potestativo de unas clases sociales, no se puede negar que en los estratos medios y altos hay mayor contacto con ideas modernas y con experiencias vitales que mueven esquemas preconcebidos.

En relación con la familia, los padres y madres que han roto con la tradición se han adaptado a diferentes formas de vivir y compartir, y también pueden hacer parte de familias nucleares, pero comparten roles. Hay quienes consideran que no es necesaria la convivencia de ambos, para lograr una buena relación y formación de los hijos; en este caso algunos logran una paternidad o maternidad compartida, pero otros no llegan a esto, bien por razones de fuerza mayor, o porque uno de los padres ha evolucionado y el otro no. Estos son los casos de familias monoparentales de aquellas conformadas después de rupturas de pareja.

En las familias nucleares encontramos madres y padres que comparten muchas funciones, en asuntos domésticos y de atención a los hijos, en el ejercicio de la autoridad y en la proveeduría económica. Pero la búsqueda de la equidad también se da con un nuevo compañero, ya que la mayoría de personas ubicadas en esta tendencia han vivido la experiencia de una separación.

El propender por una mayor equidad entre padres y madres no significa que sean iguales y que hayan superado cualquier contradicción individual o de pareja; por el contrario, tener esas concepciones y prácticas es el resultado de un proceso lleno de aristas y contradicciones, e incluso puede darse una mayor evolución y coherencia en uno de los progenitores, y que las posturas del otro ocasionen conflicto. De todos modos, los contrastes son menores que los característicos de las tendencias tradicionales o en transición, porque a través de sus experiencias, los padres han desarrollado nuevas representaciones, más integradoras o menos excluyentes, en las cuales se observa una negociación del estilo de vida y de relaciones tanto de pareja como parentofiliales.

Con respecto al sustento del hogar, es muy significativo encontrar en esta tendencia a padres y madres que trabajan —y si no lo hacen es por un desempleo temporal ocasionado por la crisis económica del país. El trabajo está asociado con una responsabilidad económica para el sostenimiento de los hijos, sin embargo, en este asunto hay diferencias de género que serán tratadas más adelante.

Un cambio común se refiere a una mayor cercanía afectiva y a una transformación en el estilo de la autoridad. Aún quienes se consideran con menos espontaneidad, hablan del humor, de la risa, de momentos en los cuales todos se encuentran alrededor de la comida, para ver televisión o para compartir confidencias. La confianza no se reserva a las hijas, pues con los hijos también viven momentos de cercanía y complicidad.

La autoridad está basada en el diálogo, la concertación, la confianza en el otro, y la formación de la propia responsabilidad. Los padres y madres manejan ideas sobre la

autodeterminación de los hijos, establecen límites e inculcan unas normas necesarias para la convivencia y la formación como personas, pero quizás lo más nuevo e interesante es la autoridad sustentada en el vínculo, el amor y el respeto por el otro.

Algunos padres y madres cuentan que sus hijos adolescentes les demandan el respeto por sus decisiones, por ello han aprendido a admitir su crecimiento y sus ganancias en autonomía; de igual manera, reconocen que ya no pueden acompañarlos ni protegerlos en una ciudad que tiene sus riesgos, y que su papel principal es el de orientadores, basado en una buena comunicación con sus hijos.

En algunos relatos se hace énfasis en el rechazo a los castigos tradicionalmente humillantes o al miedo. La relación con cada hijo o hija es individualizada, y sin discriminación consciente de género: se enfatiza en su autonomía, e independencia, se sueña con sus éxitos futuros pero se le deja la libertad de escoger. La autoridad se concibe como un ejercicio basado en el mutuo acuerdo entre ambos padres, —convivan o no bajo el mismo techo—, y los hijos. En varios casos, aun después de una ruptura de pareja, no se pierde la comunicación y se conservan los acuerdos sobre la crianza y socialización de los hijos; en otros, esto no es posible porque también se ha roto la comunicación.

La educación y formación de los hijos es motivo de interés de los padres y madres en ruptura. En cuanto a los valores que se deben transmitir, existe una variedad de posturas: las más abiertas pretenden una formación basada sobre todo en el conocimiento científico y no tanto en los preceptos de determinada religión; quienes así piensan, y no practican ninguna religión, coinciden en el respeto por las creencias de los hijos y en la importancia de brindarles la información necesaria para que ellos elijan; por otro lado quienes practican una religión y tratan de inculcar los valores por ella transmitidos, dejan en libertad a los hijos para que elijan si desean o no ser religiosos. En general, la formación de los hijos está orientada por una concepción laica, y más que infundir preceptos religiosos y morales, en los relatos se observan posturas éticas frente a la vida, la felicidad, el logro de metas y el respeto por el otro.

Los padres que hacen parte de esta tendencia no temen que sus hijos tengan relaciones sexuales y consideran que las tendrán cuando ellos mismos lo decidan; sin embargo, les aconsejan que aplacen el inicio de su vida sexual, —incluyendo a los hijos varones—, con el objetivo de que posteriormente la disfruten mejor, con mayor responsabilidad. Temén los embarazos precoces y las enfermedades sexualmente transmisibles, especialmente el sida, tanto en los varones como en las muchachas.

A pesar de los elementos comunes, los procesos de ruptura con las tradiciones en hombres y mujeres presentan algunas diferencias, porque el punto de partida también fue diferente. A continuación veamos las características de las rupturas según el género.

2. Los hombres que han hecho rupturas: en la búsqueda de una nueva paternidad

Las nuevas formas de ser padres están asociadas con niveles de estudio técnicos o universitarios y con trabajos independientes o que no requieren tiempo excesivo. Algunos se interesan por trabajar menos y consideran que un mal padre es aquel que privilegia el trabajo, por encima de su familia.

2.1 Cuando los hijos hacen parte del proyecto de vida del padre

Una ruptura importante con lo tradicional es el significativo lugar de los hijos en los proyectos de vida de los padres. Aun cuando a algunos la paternidad los tomó por sorpresa y en alguna medida, bloqueó sus proyectos, más adelante pudieron incorporarla como algo fundamental en sus vidas. Estos padres tienen la idea de que planear un hijo y proyectarlo en la vida no es tarea fácil y que ser padre es un proceso que requiere preparación. En consecuencia, han tomado conciencia de la importancia de crear condiciones favorables tanto para la llegada de un ser que puede cambiarles la vida, como para su posterior desarrollo.

El significado de los hijos para los padres se pueden clasificar en cuatro categorías:

- Proyección existencial: cuando el hijo es pensado como una posibilidad de proyectarse en la vida y dar continuidad a la existencia.
- Relacional: el tener compañía, afecto, brindar cariño y crear un vínculo cercano con los hijos.
- Superación personal: además de la superación en el sentido económico y profesional, los hijos generan la necesidad y oportunidad de aprender de su condición de padres, de asumir nuevas responsabilidades, de formarse y desarrollar habilidades para convivir mejor con ellos. En tal sentido, cobra importancia la autocrítica, la utilización de medios para formarse y la búsqueda de orientación psicológica; también es importante emprender un trabajo terapéutico para conocerse, manejar los conflictos y mejorar el desempeño como padres.
- El ejercicio de nuevos derechos: esta situación se presenta especialmente después de una separación de pareja o en padres solteros, al reclamar el derecho de convivir con los hijos.¹⁷

¹⁷ En cuanto al significado del hijo es llamativo en estos padres la ausencia de expresiones relativas a la confirmación de la masculinidad, en contraste con lo destacado por la investigadora Mara Viveros en los hombres del Chocó. Véase: Mara Viveros. "Paternidades e identidades masculinas: estudios y perspectivas" En: *El padre. Cambios y retos. Memorias del seminario internacional. Cuadernos familia cultura y sociedad*. No 3 y 4. Medellín, CISH, Universidad de Antioquia, 1999, p.86.

Podría afirmarse que los hijos ya no son solo un acicate para el trabajo productivo del hombre, tal como lo señaló Virginia Gutiérrez de Pineda para Antioquia a mediados del Siglo XX, sino que también hacen parte de sus proyectos vitales, lo que implica un replanteamiento de la paternidad. Este es el cambio más radical en los padres que han hecho rupturas.

2.2 La paternidad es mucho más que sostener económicamente a los hijos

Los padres en ruptura se resisten a ser considerados exclusivamente como proveedores económicos, lo cual evidencia un cambio en concepciones muy arraigadas en la sociedad antioqueña que basan la masculinidad y la paternidad en ese rol.

Lo anterior no quiere decir que sean padres irresponsables; por el contrario en los relatos se da cuenta de las enormes dificultades que algunos están enfrentando por las consecuencias de lo que denominan “la crisis del país”. Crisis que los ha llevado a convivir con los padres de la mujer —por pérdida de la vivienda debido a deudas bancarias—, a restringir los gastos en educación mediante el cambio de colegio de los hijos a uno más económico, a la venta del auto y o a la supresión de salidas recreativas. Estas situaciones que lesionan el sentimiento de “masculinidad” en los hombres tradicionales, se constituyen en un reto para los padres en ruptura, que deben enfrentarlas con la participación del grupo familiar y, en algunos casos, con el aporte de la compañera, quien llega a tener el ingreso más estable.

El padre que asume los cambios no se concibe solamente en el hacer y en el cumplimiento de un deber o responsabilidad, pues también se compromete con una relación más directa con sus hijos. El cambio implica pasar de una función instrumental (proveer, definir normas, dar órdenes, castigar etc.), al establecimiento de una relación afectiva, en cuyo contexto se da una autoridad democrática basada en el diálogo y la concertación con los hijos.

En las representaciones de estos hombres sobre la autoridad se observan cambios en la visión y ejercicio patriarcal del poder, que sustentan concepciones más democráticas. Los padres que buscan su relación con los hijos y las hijas en el diálogo, no se sienten ubicados en la escala superior de la jerarquía debido a sus conocimientos, sino que establecen relaciones menos verticales, y propugnan por una construcción conjunta de ideas y prácticas. Así se transforma la noción tradicional del respeto por el padre, basado en la distancia, la sumisión, el temor, la reverencia; lo que dificultaba la comunicación abierta y franca. El respeto está basado ahora en el reconocimiento del otro y de sus derechos. También se rompe con la verticalidad o el derecho paterno de transgredir las normas con un comportamiento contrario al esperado por los hijos, pues se nota un cambio de las ideas tradicionales que daban mayores prerrogativas a los padres, quienes poco se cuestionaban sobre su comportamiento.

Por ejemplo un padre de familia monoparental es enfático en señalar que los hijos le cambiaron su vida, y cuestiona la idea tradicional de que los hijos aprenden de los padres.

Esta idea según la cual los padres aprenden de los hijos es una expresión de la modernidad valora más lo nuevo que la tradición, y son los jóvenes quienes están más al tanto de los cambios culturales, de la técnica y de la sociedad. Pero también puede entenderse como los efectos que produce en el padre la figura del hijo; pues el primero tiene que transformarse y estar abierto para asumir lo que el segundo le plantea en términos de conocimiento y de actitudes positivas frente al cambio.¹⁸

Los padres que asumen su paternidad con nuevos parámetros, establecen con sus hijos relaciones basadas en una comunicación y una autoridad no mediada por las madres. La distancia entre padres e hijos, característica de las anteriores generaciones, se acorta; la comunicación es más directa, se comparten dificultades, experiencias y lo cotidiano; además el chiste, la charla y el juego se convierten en nuevas formas de expresión que comunican y a la vez dan afecto. Un afecto más espontáneo que se expresa verbalmente o por medio de caricias y besos. Los padres están atentos a las necesidades de sus hijos y también se interesan por lo que les pasa y por lo que sienten;¹⁹ Sin embargo, a veces es posible que afloren sentimientos hostiles, pero cuando son expresados por los hijos, en forma no violenta, no son vistos como falta de respeto.

2.3 Roles compartidos para la crianza y el concepto de equidad

El cambio también se da en la medida en que estos padres han logrado rupturas significativas con el machismo y con la división complementaria de roles. Son hombres que establecieron o establecen relaciones con mujeres trabajadoras, que se sostienen y/o contribuyen significativamente con el sustento de los hijos, que han ganado autonomía. Unos, los que conviven con mujeres, participan con ellas en tareas domésticas; otros, los monoparentales asumen como parte de su responsabilidad las labores del hogar. Estos últimos, cualquiera que sea el motivo inicial de su convivencia con los hijos, asumen la paternidad solos y se diferencian de los tradicionales, que vuelven a la familia de origen o establecen una nueva unión para que la mujer se ocupe de la crianza de sus hijos.

La ruptura con el modelo aprendido se aprecia en algunos relatos al cuestionar la idea de la madre abnegada, dedicada por completo al hogar. Un hombre, unido por segunda vez, dice haber elegido como pareja, —en los dos momentos—, a mujeres independientes que tienen

¹⁸ Al respecto ver: Carlos Mario González. "Un funesto invento moderno: su majestad el joven." En: *Memorias del Seminario-taller Adolescencia o adolescencias*. Medellín, Instituto Jorge Robledo, 1999.

¹⁹ En la investigación *Representaciones y prácticas sociales de la esterilización masculina en la ciudad de Bogotá*, se afirma que los entrevistados asocian la paternidad con la responsabilidad, entendida como el elemento que equipara el desempeño de mujeres y varones en la crianza y educación de los hijos y también como una fuente de poder en el ámbito doméstico. Para muchos de los entrevistados, la paternidad adquiere sentido últimamente en la búsqueda deliberada de relaciones cercanas con los hijos y del ejercicio de la autoridad a través del amor y no del dominio físico. Véase: Mora Viveros. Op. cit, pp.83-84.

sus propios proyectos vitales. Ellas, a su vez, han incidido en sus cambios con respecto a su participación en las actividades del hogar.

Los padres de esta tendencia, en general, se vinculan a la educación formal de los hijos, tienen contacto con la escuela o guardería, ayudan en tareas escolares, participan en el cuidado de la salud de los hijos y establecen relaciones con los servicios de salud; de igual manera realizan tareas como dar teteros, cambiar pañales, cuidar a los niños o preparar alimentos.

Asimismo, no delegan totalmente en su pareja, —o en la madre de sus hijos, si no convive con ella—, las responsabilidades y tareas de la crianza o del hogar, tal como sucede con los padres tradicionales. Estos padres que asumen el cambio reconocen a la par del esfuerzo y dedicación que requieren dichas responsabilidades, las nuevas gratificaciones que proporcionan unas relaciones de pares con sus compañeras y unos vínculos más cercanos con su progenie. Sin embargo, el compromiso con lo doméstico es el asunto que presenta menos cambios en los padres, debido a la dificultad para insertarse activa y responsablemente en todas las tareas del hogar, porque una distribución equitativa de los géneros cambia la noción de ser servidos por la mujer por la de compartir, lo cual implica asumir nuevas responsabilidades,²⁰ y vale la pena recordar que esta rígida diferenciación entre los géneros, está muy arraigada en la sociedad como referente de la masculinidad y la feminidad.

3. Las madres que han roto con el modelo tradicional

La mayoría de las madres “en ruptura” han tenido acceso a la educación, a un trabajo que les reporte ingresos para vivir con solvencia y acceder al conocimiento de otras realidades; aunque también se presentan casos de madres de bajos ingresos y recursos que han vivido el cambio.

Las mujeres de escasos recursos se transforman debido a diversos factores como el desempleo del hombre que lo lleva a ejercer tareas domésticas, mientras ellas trabajan; la actividad educativa, formal o informal,²¹ que las sitúa en un contexto cultural proclive a los cambios, y el contacto con personas de mayor nivel educativo y con posturas de avanzada, a través del trabajo doméstico, lo cual les abre un nuevo panorama en un momento propicio de sus vidas, que desencadena en ellas nuevas opciones.²²

²⁰ Al respecto ver: Yolanda Puyana (compiladora). *Op. cit.*, p. 77.

²¹ Otro canal de acceso a una visión diferente del ser mujer, puede concretarse en el trabajo de educación informal, de promoción social, de salud preventiva o de formación de nuevos liderazgos de programas gubernamentales o no gubernamentales y de extensión universitaria. Como es visible para los trabajadores y promotores sociales, las mujeres de barrios populares aprovechan mucho más que los hombres, estas oportunidades.

²² La cuasi generalización de esta contratación de oficios domésticos en clase media y alta, de tiempo completo o parcial, con todas las modalidades existentes, se debe a la estructura Colombiana, en este caso Antioqueña, de un gran diferencial de ingresos, entre los empleos

No se puede afirmar que la educación y el acceso al mercado laboral hayan sido condiciones suficientes para generar cambios en las prácticas y representaciones de las madres, ya que se han encontrado mujeres que han tenido oportunidades de estudios superiores o actividades profesionales y continúan siendo tradicionales. El cambio y con el logro de mayor autonomía tiene que ver con rupturas más profundas en sus vidas, con una posición reflexiva y el logro de metas y deseos de realización personal.

3.1 Significado del hijo y proyecto de vida

En la mayoría de madres de estas tendencias, el proyecto de vida independiente o diferente a la maternidad es previo a la unión y al nacimiento de los hijos, en particular entre las mujeres de estratos medios y altos. Son mujeres que han estudiado para quienes es evidente y casi “natural” el hecho de desarrollar una actividad remunerada, proyectos artísticos, políticos, comerciales, de formación personal. No se vinculan a un trabajo remunerado porque “les toca”, sino por opción de vida. Las relaciones de pareja y los hijos se integran —a menudo temprano—, con los otros proyectos, pero no se vuelven su único horizonte.²³

Algunas mujeres no aplazan la maternidad y la vida de pareja para darle un espacio completo al estudio o al trabajo, sino que viven ambas etapas *simultáneamente*. La libertad en las relaciones amorosas, la capacidad de decisión o la mayor precocidad se materializan en independencia de la familia de origen, que puede conseguirse a través de un matrimonio. Ellas simplemente deciden casarse temprano, gústele o no a la familia. Su matrimonio no hace parte de un *destino* de mujer, sino de una *libertad* de decisión, ligada a una relación amorosa que se quiere vivir plenamente, sin esperar. Otras madres, en cambio, no ven compatibles la maternidad y sus proyectos personales en las etapas tempranas de estudio y de inicio de su desempeño profesional; por lo tanto aplazan voluntariamente, ya no el proyecto personal, sino el matrimonio y la maternidad.

Para las mujeres criadas aún de manera convencional, la afirmación de un proyecto personal anterior a la maternidad se hace mediante ciertas rupturas de la vida cotidiana con la familia, que toman a menudo la forma de un viaje o un trabajo. Estas madres, para ser lo que querían ser y vivir lo que deseaban, pasan muchas veces por rupturas de pareja al tiempo que por momentos de distanciamiento de la familia de origen, pero cuando la familia de origen ya ha roto con el control estricto de la vida personal y estimula la autonomía de la mujer, los lazos siguen cercanos y estrechos, sin volverse asfixiantes. El contenido y el sentido de la relación cambia, sin necesidad de distanciamiento físico.

Las madres que han hecho rupturas, y quieren asumir las decisiones sobre sus vidas, tienen en cuenta, la planificación familiar y la limitación del número de hijos. Algunas

cualificados y no cualificados. Toda familia que se sitúa en un nivel de ingreso de 2 o 3 salarios mínimos y más, pueden remunerar a otra mujer para realizar parte del trabajo doméstico.

²³ “El reconocimiento social del trabajo femenino traduce el reconocimiento a “una vida propia””. Véase: Gilles Lipovestky, *op.cit*, p.211.

consideran que la experiencia de ser madres se satisface con tener un solo hijo, aun cuando tengan más. En este caso, como en los demás, no necesariamente se trata de hijos absolutamente planeados, pues varias mujeres reconocen que sus hijos llegaron “por sorpresa” o sin una decisión conscientemente preparada. El hecho de que el número de hijos no supere los tres, o que existan proyectos de hijo único, de todas maneras contrasta fuertemente con las familias de origen de estas madres, en las cuales, al igual que en las anteriores tendencias, fueron muy frecuentes las fratrías numerosas.

Lo que marca entonces la particularidad de la ruptura, no es solamente el hecho de planificar o vivir radicalmente lo que los demógrafos llamaron la *transición demográfica*. La ruptura se expresa también en el lugar que el hijo ocupa en la vida de las madres, caracterizado por la no oposición entre proyecto personal y maternidad, sino por la compatibilidad o la alternancia.

3.3 Proveeduría

En esta tendencia todas las madres son proveedoras, en la modalidad de co-proveedoras o proveedoras únicas. Ellas consideran que trabajar es parte de su vida y no les resta cualidades como madres; al contrario, algunas afirman que los hijos de madres trabajadoras son más independientes, ya que les toca realizar muchas actividades por sí mismos. Ya no se habla del “abandono de la madre” sino de las consecuencias positivas de que la madre tenga otros quehaceres.

El desempleo masculino por ejemplo, aunque es un acontecimiento negativo, tiene también un sub-producto positivo: se convierte en oportunidad de mover los viejos esquemas. La flexibilidad del trabajo masculino también permite nuevas negociaciones. Ante una situación de desempleo del esposo, unas madres se vuelven proveedoras únicas y esto se convierte en oportunidad cuando se maneja más allá de lo esperado: así una madre, por ejemplo, no se resigna a la doble jornada, y acuerda con su esposo desempleado que él se encargue de las labores domésticas mientras ella tiene la posibilidad de trabajar.

Las madres proveedoras tienen en sus ingresos un argumento fuerte para adquirir autonomía, ser reconocidas y ejercer autoridad en la casa, y cuando las relaciones de pareja no son satisfactorias se sienten en capacidad de asumir una separación sin depender económicamente de los hombres. Ellas no se imaginan vivir sin trabajar, aunque a veces añoren tener más tiempo para los hijos.

3.3 Las madres ya no son las voceras de la autoridad paterna

Para las madres que rompen con el modelo, los hijos son sujetos pensantes por lo cual no tienen que aceptar todas las normas pasivamente. Son partícipes de las decisiones, y tempranamente se les exigen niveles significativos de autonomía, como el orden de su espacio, el manejo de llaves de la casa, criterios para respetar normas y horarios, etc. Las normas y la autoridad no son asuntos solamente del padre y la madre, sino también de los hijos e hijas; ya no se conciben como una relación entre un adulto con poder y un infante que debe obedecer. Este es un cambio bien importante en una sociedad donde los padres y

sobre toda las madres se han sentido propietarios de sus hijos y con derecho de intervenir en sus decisiones.

En las formas familiares que incluyen una separación de la pareja y el padre se ausenta, la madre adquiere una autoridad plena. Al no intervenir el padre en la cotidianidad, las madres se sienten completamente responsables del ejercicio de la autoridad. Ya no acuden a él para consultarle detalles de decisiones de la vida diaria, si acaso lo hace para decisiones trascendentales.

Los padres que aportan económicamente después de haber sido obligados a hacerlo por medio de una demanda y se han alejado afectivamente de los hijos tienen todavía menos posibilidad o interés de intervenir. De la misma manera, cuando el padre ha fallado gravemente por “irresponsabilidad” económica, alcoholismo o abandono de responsabilidades afectivas, la madre las asume, pero entre las mujeres de esta tendencia no se escucha la frase “soy papá y mamá”. Las madres muy ocupadas laboralmente mantienen su autoridad mediante un “monitoreo” telefónico de la casa: los hijos rinden cuentas de tareas, piden permisos, solicitan compras por medio de llamadas. También pueden existir normas para un hijo y no para otro, de manera personalizada, aunque puedan mantenerse diferenciaciones según el género, por lo general no se trata propiamente de discriminaciones marcadas hacia las hijas.

Entre las mujeres entrevistadas se encuentran algunas con una autoridad firme; en cambio otras se sienten “sin herramientas” frente a un adolescente agresivo. Las madres sienten una gran responsabilidad y no pueden claudicar. Todas afirman preferir el diálogo, pero alternan momentos difíciles, tensiones, enojos, *cantaleta* y buenas relaciones. La responsabilidad frente a sus hijos y la recarga de obligaciones cuando hay doble jornada de trabajo y los hombres no han hecho las rupturas necesarias o ellas viven solas con su progenie, puede generarles cierta irritabilidad y un sentimiento agotamiento que agudiza los conflictos o las lleva a descargar su enojo en los hijos. En general, la autoridad en el hogar si bien reporta cambios significativos, es lo que representa mayores dificultades para las madres en ruptura frente a la tradición

Tanto las madres como los padres se refieren a los hijos que se convierten en elementos moderadores o educadores de los padres. De manera similar a las innovaciones que se han dado en la educación formal, con la pedagogía constructivista, el educando ya no es concebido como receptor pasivo del educador, sino como sujeto activo que también produce conocimiento.

3.4 Las tareas domésticas y de crianza son compartidas

El ideal afirmado por las mujeres en esta tendencia es compartir las tareas de crianza con el padre y las actividades domésticas entre todos los integrantes del grupo familiar; sin embargo la variedad de tipologías familiares muestra escenarios diferentes y múltiples modalidades de aplicación de este principio. No se plantea generalmente una “igualdad” entre los miembros del hogar, sino que podríamos hablar de una “equidad” muy subjetiva,

pues cada grupo familiar lo interpreta a su manera y las prácticas que ello permite son muy diferenciadas. Los padres entran prioritariamente al mundo doméstico por la vía de las tareas “nobles” que son aquellas directamente relacionadas con el contacto con los hijos: algunos cuidados cotidianos, la preparación de alimentos o la alimentación del pequeño, los cambios de pañales, unas compras, las llevadas al colegio, las conversaciones con los hijos más grandes, las idas a consultas médicas, la recreación y el deporte. Por su parte las empleadas domésticas —cuando las hay— asumen tareas consideradas de menor nivel, como lavar, planchar o hacer el aseo de la casa. Esta posibilidad de delegación en la empleada o de compartir con el compañero, cambia mucho los términos de las opciones que se abren para las mujeres que quieren dedicar un espacio a su realización personal y profesional.

Los hijos a medida que crecen, también van asumiendo ciertas tareas domésticas, como ordenar su espacio, lavar la loza, tender su cama, y progresivamente otras actividades como ayudar a cocinar, o hacer el mercado. Estas tareas son consideradas parte de la socialización y construcción de autonomía personal de los hijos, sin diferencia de sexo, y no solamente un aprendizaje del rol de ama de casa y madre para las hijas.

Es notorio que los cuidados del pequeño infante en su primer o segundo año, es entregado a guarderías o a familiares: tías o abuelas, que pueden ser remuneradas o no; y posteriormente la entrada a la escuela se constituye en otra manera de compartir el proceso de socialización. Cuando la madre ha hecho rupturas con la tradición, no asume como exclusiva o fundamental su responsabilidad en la crianza de su prole, por ello son frecuentes los relatos de tareas compartidas y de conflictos anteriores con los padres que no admitieron el cambio. Estas mujeres se resisten a asumir solas la doble jornada de trabajo, por ello las tareas son compartidas entre todos los miembros del grupo familiar.

En casos de separación, ellas manifiestan haber hecho muchos ensayos de vincular a los padres con la crianza. Se trata de madres que no consideran que los hijos les pertenecen o que ellas necesariamente los atenderían mejor. Sin embargo, cuando predominan los conflictos de pareja o las relaciones con las nuevas parejas, es más difícil definir el lugar de los hijos.

Por último, para concluir este breve vistazo de la paternidad y la maternidad frente a la modernidad en la ciudad de Medellín, se puede decir que ambas evolucionan de manera no simétrica, porque parten de roles totalmente diferenciados o complementarios, y toman caminos diversos, complejos y contradictorios. El peso del cambio está en lo que atañe con el significado de ser padre y madre, y con el lugar que ocupan los hijos en los proyectos vitales.

El cambio en la situación social de las mujeres le abre nuevas perspectivas en sus proyectos de vida, lo cual ha significado también modificar ese vínculo tan estrecho y aún asfixiante entre madre e hijos permitiendo a una y a los otros mayor autonomía, ampliando la hendidura, que por estrecha no le abría espacio al padre. El padre también ha adquirido un nuevo lugar

en la familia como sujeto activo, integrando a sus hijos/as en su proyecto vital. De sus progenitores.

Los padres y madres que han hecho rupturas están enfrentados con nueva preguntas y con nuevos conflictos referidos al ejercicio de una autoridad democrática y la construcción de relaciones más afectivas y cercanas con los hijos/as, sin perder su lugar en el establecimiento de límites.

Las madres y los padres que han roto con la tradición viven su vida, en forma alejada de los estereotipos, no tienen modelos para su desempeño, se enfrentan a nuevas búsquedas, inventos, ensayos y errores. Se confirma lo planteado por Elias Norbert para la familia en la época contemporánea: “Las personas que conforman la familia están atadas entonces a formas predefinidas en menor medida que antes; esto les exige, más que en tiempos anteriores, elaborar conjuntamente un *modus vivendi* mediante su propio esfuerzo, es decir, en forma más consciente que en el pasado”.²⁴.

²⁴ Norbert Elias. *Op cit.*